

Bailando desde la fuente

Bailando desde la fuente

Wieteke van Balen

Aurora: Wieteke van Balen
Diseño de la portada: Ferry van Iterson
Traducción: ChatGPT5
Redactora: Mariela Hernández
ISBN: 9789403836195
©2025 Wieteke van Balen

Ninguna parte de esta edición podrá ser reproducida y/o divulgada por medio de impresión, fotocopia, cinta de audio, medios electrónicos o de cualquier otra forma, sin la autorización por escrito del autor.

Inhoud

De viaje	7
Sosúa, República Dominicana	11
Ballet.....	39
Las Terrenas, República Dominicana	49
Baile de salón.....	75
La Habana, Cuba.....	83
Aeróbic.....	123
Sudamérica, Brasil-Argentina-Uruguay	131
Salsa, bachata, merengue.....	161
Porto Seguro, Brasil.....	167
Zouk brasileño	189
Europa, Suiza-España-Francia	193
Baile libre	227
Posfacio	231

De viaje

"¿Cómo me despido? ¿Qué les digo a mis padres y seres queridos, si no sé si y cuándo los volveré a ver? ¿Qué puedo decir para tranquilizarlos, si yo misma no sé qué me espera? La gran diferencia es que para ellos la vida cotidiana continúa, en la que ya no formo parte físicamente, por lo que la sensación de pérdida puede ser grande. Para mí comienza una aventura, en la que todo será diferente, nuevo y emocionante... Me voy, pero con sentimientos encontrados, porque ¿qué dejo atrás y qué voy a vivir?"

Hoy es el cumpleaños de papá y hace tres días le tocó a mamá. En uno de los dos días normalmente estoy allí, al menos desde que me fui de casa. Entonces celebramos los cumpleaños de una sola vez. Hace tiempo que ya no vivo cerca, así que pasar por allí de forma espontánea o con frecuencia no es una opción. Esta vez estuve en ambos cumpleaños, porque, en cierto sentido, ahora vivo temporalmente con mis padres. Hasta hoy, porque hoy me voy de viaje.

En el último medio año he subarrendado mi casa, que estaba en venta, con base en la Leegstandswet, he estado de vacaciones de baile en Cuba y después navegué en un velero de gran porte por Europa Occidental. Acabo de volver. El barco está ahora en el puerto, donde pasa el invierno, y he decidido no volver a navegar, así que eso ya quedó atrás. Mientras tanto, mi casa se vendió con una pequeña ganancia y me mudé temporalmente con mis padres para pensar cuál sería mi siguiente paso.

¿Qué harías si fuera noviembre y un invierno frío, húmedo y oscuro estuviera a la vuelta de la esquina? ¿Si acabas de volver de un clima mediterráneo y todavía sientes el cálido sol en la piel? ¿Si tu casa se

ha vendido con ganancias y en ese momento no tienes trabajo, pareja ni familia y, por lo tanto, eres libre para ir y venir donde quieras...?

Decidí en ese frío mes de diciembre reservar un billete de ida al Caribe y dejarme sorprender allí por lo que se cruzara en mi camino. Evidentemente también podría haber solicitado un trabajo, haber buscado una casita y... ¿Pero cuántas veces tiene uno esta oportunidad? Exacto. Precisamente. Por eso.

En el cumpleaños de mi padre, mis padres me llevan a la estación de tren. Allí estamos los tres en un andén desierto. Un viento frío sopla a nuestro alrededor y no sabemos bien qué más decir. Mi madre hace fotos de mi conjunto de viaje, de nosotros juntos y del momento en que subo al tren. Ha llegado el momento. Me voy. Cuánto los voy a extrañar. Y cuánto me alegra tener internet, que los hace sentir muy cerca; podemos llamar cuando queramos. Les hago señas hasta que ya no los veo, luego me siento con un suspiro y seco mis lágrimas con mi pareo. Qué práctico, es un pañuelo tan versátil. Mirando por la ventana me pregunto si no he olvidado nada. Lo más importante, mis zapatos de baile, están en mi bolso. Tampoco falta el librito 'Qué y cómo en español'. Me pierdo en mis pensamientos y pienso en lo que me espera en los próximos días. No puedo mirar más adelante todavía, porque aún no sé qué haré entonces...

Afuera hace un tiempo desapacible y disfruto de la idea de que pronto quedará atrás y podré calentarme bajo el sol tropical por un tiempo indefinido. Tras dos transbordos, llego a última hora de la tarde a Amberes, donde, a pie, me pongo a buscar la casa de Paul, a quien conozco por mi trabajo anterior. Él era proveedor y siempre tuvimos una buena relación. Cuando se enteró de mis planes de viaje me invitó a quedarme a dormir con él y su familia. Eso encaja bien con mis planes, porque mi vuelo sale muy temprano desde Bruselas y es más fácil llegar allí desde Amberes que desde Holanda Septentrional.

En cuanto entro me integro en la familia, como si nunca hubiera sido de otra manera. Qué gente tan amable. Me siento a la mesa en una cena desordenada, algo que con dos niños pequeños no puede esperarse de otra manera, y disfruto del ambiente acogedor. Después de cenar nos quedamos un rato los tres charlando y, cuando me acuesto en mi lujosa habitación de invitados, además me dan una pequeña almohadilla de huesos de cereza para el frío. Qué agasajo.

A pesar de la tensión duermo bien y por la mañana me levanto temprano con Paul en la cocina. Me cuesta comer; mi estómago está bastante revuelto por los nervios. A las ocho estoy en el aeropuerto de Bruselas y todo va bien. En el avión estoy sentada en la última fila de la sección central, junto a dos señores de la antigua Persia. Están en sus cincuenta, son amigos, están divorciados y suelen ir juntos de vacaciones. Lo pasamos muy bien juntos, por lo que el tiempo vuela. Literalmente, porque llegamos antes de lo esperado al aeropuerto de Punta Cana, en la República Dominicana.

Justo antes de la llegada una azafata me entrega un formulario que tengo que rellenar y luego entregar en la aduana del aeropuerto. Intento completar todos los campos lo mejor posible y me detengo un momento en la casilla "ocupación". Vaya, ¿qué debería poner ahí? ¿La profesión que ejercí por última vez, o la que ejercí durante más tiempo, o... la profesión que más me gustaría ejercer? Escribo la última: asistente de gestión. Con una amplia sonrisa doblo el formulario y lo meto en mi pasaporte. Mi elección está hecha; este viaje estará dedicado a lo que más quiero hacer. Oh, qué divertido va a ser.

Sosúa, República Dominicana

“Perpleja, miro mis pies. No hacen lo que yo quiero. ¿Por qué ahora no? ¿Es tan extraño lo que les pido? ¿Estoy tan fuertemente programado? Me sacan de mis cavilaciones con una pregunta en español. “¿Lo intentamos otra vez?”, lo entiendo. Asiento y entonces la música vuelve a sonar y hago mi enésimo intento. Seguro que alguna vez lo lograré, ¿no?”

El aeropuerto de Punta Cana es el aeropuerto más especial que he visto. No es que haya visto muchos, pero este impresiona; el techo está completamente hecho de hojas de palma (palma = cana), la luz exterior brillante y el aire cálido fluyen a través de grandes aberturas en las paredes laterales hacia adentro y todo es de nivel y muy claro. Qué gran llegada. El vuelo ha sido más rápido de lo esperado, lo que me hace esperar un par de horas en el aeropuerto. Primi - a quien conocí a través de la página web de Couchsurf - viene a recogerme y me quedará a alojarme una semana. Brevemente, antes de mi partida, tuvimos contacto a través de WhatsApp y ahora es cuestión de esperar qué tan fiable resulta ser ese contacto. Me parece bastante emocionante y repito como un mantra para mí misma que hay más personas buenas que malas, por lo que la probabilidad de encontrar a alguien con malas intenciones es pequeña. Mis nuevos amigos del avión me han dado sus números de teléfono por si acaso Primi no apareciera, y así tendría “al menos amigos a quienes podría recurrir”. Una oferta increíblemente amable, pero espero no tener que hacer uso de ella.

Después de unas horas esperando a la sombra y disfrutando de la deliciosa temperatura, Primi efectivamente llega, pidiendo mil disculpas por tenerme tanto tiempo esperando. El hielo se rompe rápidamente. Conducimos hacia la casa de Primi. Vive en una especie de reserva. Es un área cercada en la que hay muchas viviendas, todas

con su propio pedazo también cercado. Solo hay un camino hacia afuera y allí hay una barrera con una pequeña caseta al lado donde se sienta un guardia muy delgado con un gran rifle colgado sobre su hombro. Para ahuyentar a los visitantes no deseados... Al parecer, esto es necesario en esta área. Fuera de la muralla hay pobreza, dentro de la muralla viven los 'ricos'. Así que me quedo entre los ricos. Sin costo alguno. Mundo torcido.

La tensión, el largo vuelo y el calor hacen que al instalarme en mi habitación solo quiera ducharme y meterme en la cama, pero apenas son las cuatro de la tarde... Así que tengo que aguantar un poco más.

Primi ama cocinar, lo cual no me molesta en absoluto. Él habla bien inglés, debido a su trabajo en la industria del turismo, y eso hace que mi estancia con él sea muy fácil. Tengo mi propia habitación. Compartimos el baño, la sala de estar y la cocina. Eso funciona muy bien. Durante el día, él está trabajando y yo tengo la opción de pasar el día entero en la playa (de la cual no se me permite alejarme, debido a la pobreza y criminalidad en los barrios cercanos) o un día entero en la reserva. Decido alternar un poco.

Descansado después de mi primera noche, partí con Primi. Él se ha tomado un día libre para ello. Pasamos unas horas en una playa de palmeras, arena blanca, totalmente desierta, con un mar azul zafiro y un cielo azul profundo. Increíble. Si eso es un presagio de lo que será el resto de mi viaje, solo puede volverse abrumadoramente genial. ¡Qué lugar tropical tan maravilloso! Cerca, en un pueblito, comemos algo en un puestecito local; ya me siento un viajera veterana, pero en el fondo temo que mi estómago quizá no reciba con tanto entusiasmo estas delicias. Mi temor resulta infundado: al parecer puedo tolerar más de lo que pensaba.

Durante los días en que me quedo "en casa", me informo sobre lo que podría hacer y a dónde ir durante mi viaje y me centro sobre todo en las posibilidades de bailar. Me encantaría bailar (aprender a bailar) la danza en el lugar donde ésta se originó, como la bachata y

el merengue, que tienen su origen en la República Dominicana, la salsa en Cuba, el tango en Argentina, y así podría seguir. Quiero "bailar en la fuente" y dejar que eso, en líneas generales, sea mi guía para los planes de viaje.

Más tarde esa semana, Primi me dice que por la noche vamos a salir. A bailar. Me sorprende gratamente y me alisto con bastante antelación, pero aparentemente las fiestas aquí no empiezan antes de la medianoche... Empezamos nuestra salida en un Shop&Drink en Bávaro. Se puede comparar esta tienda con un Gall&Gall, pero en esta versión ponen reggaetón a todo volumen y todo el mundo se queda fuera, en la puerta, para charlar, bailar y beber. Al parecer es una forma popular de salir aquí. Por suerte también venden agua; me gusta mantenerme alerta en este entorno desconocido con personas desconocidas. Debido a la música alta no se puede mantener una conversación normal y por eso me doy un festín con la vista. Los tacones exageradamente altos y las faldas cortas, las miradas lascivas de los hombres dirigidas a ellas y todas las palabras no dichas proporcionan suficiente entretenimiento. Para eso no hace falta que hable el idioma.

Después de un rato en el Shop&Drink, vamos a los conciertos del cantante de merengue Toño Rosario y del rapero Black Point. No era para nada lo que esperaba... Alrededor del escenario hay mesitas con sillas, todas ocupadas. Para aclarar: en una fiesta de baile o en un concierto animado en los Países Bajos siempre hay una pista de baile, que suele estar llena, y solo la gente que quiere descansar se sienta en las mesitas que rodean la pista. Aquí no es así. Aquí todo el mundo está sentado y no logro encontrar ninguna pista de baile. Así que supongo que tocará bailar entre las mesas y las sillas. En cuanto el cantante hace su entrada en el escenario, unas diez (!) personas se apresuran hasta el borde para fotografiarlo y grabarlo con sus móviles. Como no quiero ser el única blanca bailando, espero a que otros se animen, pero no pasa nada. Todos miran obedientemente el espectáculo mientras se beben litros de alcohol. Así que yo también

me limito a mirar... El cantante de merengue, un cincuentón en forma con rastas rubias y ropa de cuero muy poco cubriente, es en cualquier caso bastante entretenido. Parece ser una de las mayores estrellas de la República Dominicana. Hay que decirlo: la música es maravillosa y el buen hombre tiene sin duda el factor X.

Santo Domingo

Después de que Primi me lleva al autobús tras una semana de "convivir", siento alivio. Qué bien poder hacer lo mío por un rato y no tener que estar pendiente de mi anfitrión. No es que nos lleváramos tan bien. Teníamos pocos intereses en común, por lo que las conversaciones no siempre fluían... o simplemente no lo hacían, lo que resultaba en largos silencios y en que cada uno se dedicara a lo suyo.

Después de hojear la gruesa guía de viaje que traje, la Lonely Planet, decidí ir en autobús a la capital, Santo Domingo. El aire acondicionado del autobús está al máximo; ¡qué frío hace! Hay personas a mi alrededor con gorros puestos. Está puesta una película de acción muy intensa con el sonido a muy alto volumen. ¡Qué violencia en esa película! Todos miran fascinados la pantalla del televisor. Miro hacia afuera e intento aislarme del ruido. Es que viajar es tan barato, pero no sé si lo habría hecho si lo hubiera sabido de antemano. Por suerte es solo por unas pocas horas. Afuera el paisaje es monótono, pero bonito. A mi izquierda veo con regularidad el precioso mar azul; además veo paisajes ondulados y secos con casitas de colores alegres, y a lo largo del camino hay vendedores de comida. Pronto llegamos a una zona más poblada: las afueras de la capital. Veo mucha pobreza, pero también muchos colores. En conjunto resulta muy alegre y espero que los habitantes también lo sientan así. ¿Son las personas con menos posesiones, oportunidades o dinero necesariamente más felices? Las altas cifras de criminalidad y la gran cantidad de policía en la calle muestran lo contrario, pero probablemente no todos los habitantes participan en ello. Al menos,

eso espero. Dejo que el entorno me influya y me considero afortunada por las oportunidades que tengo en esta vida.

Llegamos a la terminal principal de autobuses de Santo Domingo y me pongo a buscar el hostel que tengo planeado para una noche. Primi me había aconsejado que no me subiera al primer taxi que viera, sino que caminara un poco y pidiera uno más adelante en la calle. Así que camino, supuestamente con confianza, entre los taxistas gritones y pesados hasta que me agarran bruscamente del brazo. Aunque es de día y creo que es poco probable que vaya a acabar mal, me asusto bastante. Me arrastran hasta un taxi mientras intento zafarme. El taxista me habla a toda prisa en un español agresivo y no tengo idea de qué dice. Al final me suelta después de que dejé claro que no hablo español y que tengo que ir allí (señalando vagamente un local cercano). Brrrrr. No es agradable. Unas calles más adelante le hablo a un taxista que ni me ve y juntos nos dirigimos al hostel; una recomendación de Lonely Planet. No lo encontramos... Tras preguntar bastante, finalmente damos con el hostel, pero la descripción de la guía no tiene nada que ver. Se acabó la confianza... A partir de ahora usaré internet, que al menos está al día. La mayoría de las veces.

A pesar de no haber reservado, afortunadamente tenían una habitación para mí. En la habitación resulta que el wifi funciona muy bien, lo cual aprovecho de inmediato para poner al día WhatsApp, Facebook y otras redes sociales. Tras refrescarme y de buen humor, salgo una hora más tarde y me encuentro directamente en pleno centro. Camino por la calle comercial y disfruto del lujo. Aquí se siente muy occidental. Los bonitos edificios coloniales están bien conservados, hay grandes y conocidas tiendas en la calle, hace agradable calor y consigo un delicioso helado italiano. Esto es agradable. Llamo bastante la atención con mi cabello rubio, pero por ahora eso me agrada. Exploro unas cuantas calles laterales y así llego a bonitas plazas. Cuando empieza a oscurecer me dirijo hacia el hostel. Aunque puedo caminar con mucha confianza, al anochecer

esa sensación desaparece. Aunque todavía sean solo las seis. Entonces lo desconocido de repente se vuelve muy, muy desconocido...

Una vez en el hostel quiero comer algo; la recepción me manda a la terraza de la azotea. Subo y me sorprende una terraza muy acogedora, íntima, colorida y cubierta. En la barra entablo una conversación con el dueño del hostel, para poner a prueba mi español. El dueño y su familia están completamente absortos en un partido de béisbol que se transmite en la gran pantalla. Entre tanto logran prepararme un bocadillo, para que mi estómago rugiente se calme. Disfruto de su entusiasmo por el juego y me propongo ir a un partido si surge la oportunidad. El béisbol me parece mucho más divertido que el fútbol. Eso ya me gustaba antes en las clases de educación física. Me gusta ver que el béisbol aquí es una parte tan importante de la vida cotidiana. Me acuesto temprano y leo un rato en la fresca habitación. Qué agradable tener un rincón propio donde no hay obligaciones y todo está permitido.

Desde el hostel contacté al couchsurfer Amaury y puedo ir de inmediato. Ya hay una canadiense, Eve, con la que tengo que compartir la habitación y la cama, pero no lo veo como un problema. Ya casi es Navidad; cuantos más, más alegría, ¿no? La dirección de Couchsurfing resulta ser una casa de traficantes donde todo tipo de personajes entran y salen, donde se fuma porros todo el día y se ve Netflix, donde duermo en una cama con a menudo un par de personas más (afortunadamente es una cama enorme) y donde todo está permitido. No hay pobreza aquí. Simplemente hacen lo que les apetece y nada les parece (demasiado) loco. Aunque sí les resulta extraño que esa chica rubia holandesa no fume porros.

Como no estoy acostumbrada a este tipo de gente, por curiosidad salgo con ellos un par de veces. Aquí tampoco salen hasta alrededor de la una de la madrugada. En una gran Hummer con una enorme barra protectora delante de la parrilla recorreremos la capital. Los

demás ocupantes, todos fumando porros y bebiendo. Pregunto ingenuamente por qué todo el mundo aquí conduce vehículos grandes con barras delanteras, porque no me parece un lugar donde el ganado grande ande suelto por las calles. Resulta que esas barras sirven únicamente como protección al conducir y al aparcar. Nadie mira con cuidado y por eso aparentemente las necesitas si quieres mantener tu coche en perfecto estado. El hecho de que pasemos todos los semáforos en rojo me hace entender la necesidad de esas barras. Pero la razón por la que pasamos semáforos en rojo resulta ser puramente por seguridad... Porque si estamos parados ante un semáforo, nos pueden asaltar. Ah, claro. Qué agradable pensamiento...

Una vez en el bar, pronto me canso de ello. Se trata principalmente de verse y ser visto y de beber todo lo posible. La música suena a todo volumen, es prácticamente imposible bailar y todo gira en torno a una sola cosa: ¿quién se va con quién a casa? Sin problemas me llevan a casa antes, mientras ellos siguen de fiesta. Al día siguiente me despierto en una cama llena y me traslado al sofá del salón para despertarme con calma.

En la siguiente fiesta de baile a la que me llevan ponen principalmente reguetón. Me encanta esa música y me gusta mover las nalgas, pero no cuando hay un hombre desconocido detrás de mí. Afortunadamente, esto se evita fácilmente bailando con la espalda contra la pared. Después de unas horas de reguetón (monótono) se me van las ganas y, de nuevo, me llevan a casa antes sin problemas; en ese sentido Amaury es realmente un anfitrión ejemplar. Pero prefiero las fiestas de baile en las que pueda bailar con una pareja respetuosa, sin tener que buscarle segundas intenciones...

Durante unos días, la estancia en la casa del dealer es bastante interesante y divertida, pero también es agitada, así que lo doy por terminado. Voy a buscar otro lugar.

Beckett

Me gusta el barrio y, por casualidad, encuentro a un couchsurfer a menos de 200 metros de la casa del dealer. Me mudo con Beckett. Es un tipo californiano y da clases de inglés en una escuela de la zona. La escuela le consiguió el alojamiento. Vive en un amplio apartamento de cuatro habitaciones donde me asignan mi propio dormitorio y baño. En lo alto del edificio hay incluso una azotea con tumbonas. Beckett siempre pide comida para llevar, así que la cocina se convierte en mi dominio y tiene una bicicleta extra que puedo tomar prestada. Qué libertad, y todo otra vez gratis. Para agradecerle su hospitalidad, le invito regularmente a una cerveza; es lo mínimo que puedo hacer.

Es Navidad y Beckett me invita a ir con él y sus amigos a la playa. Me apetece. En casa me acurrucaría en pijama bajo una mantita, con todo tipo de cosas ricas cerca, en el sofá viendo películas navideñas, pero aquí hace demasiado sol y calor para quedarse dentro, así que voy con ellos. Nos recogen y de camino recogemos a otra persona y paramos en una licorería por algo de comer y, sobre todo, mucho alcohol. Los cinco llegamos a la playa de Boca Chica. Se instalan a la sombra en sillas de plástico alrededor de una mesita de plástico y yo busco un sitio al sol. Los amigos beben todo el día y de vez en cuando piden algo de comer. No me siento a gusto, no congenio con los demás y no me gusta que beban tanto. Además, luego tenemos más de media hora de vuelta en coche... No me había dado cuenta de que conducir borracho aquí es algo muy normal y no quiero acostumbrarme a esa idea. Siento alivio cuando llegamos a casa sanos y salvos sobre la hora de la cena. La próxima Navidad simplemente me acurrucaré en el sofá con mi mantita.

Me inquieta algo y cuando intento escribirlo para desahogarme me doy cuenta de que no considero la República Dominicana un país agradable. Hasta ahora en el Caribe solo he conocido Cuba y, si lo comparo, la República Dominicana es una decepción. Echo de menos el ambiente amable y abierto de Cuba. Aquí experimento sobre todo

delincuencia y pobreza. No me siento a salvo y estoy en guardia, y eso contrasta tanto con cómo me sentía en La Habana, Cuba. En ningún lugar me he sentido más segura que allí, ni siquiera en ciudades holandesas. En Cuba los hombres son caballeros; aquí los hombres te quitan la silla de debajo cuando quieren sentarse. Por así decirlo. Me pregunto, con angustia, si hice bien en esperar para continuar mi viaje hasta dentro de aproximadamente dos meses. En cualquier caso, mi billete de avión a Cuba ya está reservado, así que sé adónde voy. Pero, ¿cómo voy a pasar el tiempo aquí de forma agradable?

Beckett se va unos días con amigos y a mí me sienta bien estar sola en casa por un rato. El wifi funciona de maravilla y averiguo qué es posible en esta ciudad, en este país, qué más me gustaría hacer durante mi viaje y hablo por Skype con la familia y los amigos. Así se me ocurre que quiero ir a la naturaleza, con la esperanza de que la vibra allí se sienta diferente que en la ciudad. Entusiasmada, busco direcciones de Couchsurfing que estén más cerca de la naturaleza. También me gustaría hacer en algún momento un retiro meditativo de silencio y encuentro un Vipassana cerca de Barcelona durante mi cumpleaños. Como siempre intento estar fuera en mi cumpleaños y me atrae la idea de pasar ese día en silencio, mantengo esa posibilidad en mente. También me viene a la cabeza la posibilidad de visitar Haití. Quizá pueda hacer allí trabajo voluntario, por ejemplo dar clases de inglés a niños pequeños. Mis pensamientos saltan de un lado a otro y dejo todas las ideas en espera durante la semana. Primero, mejorar mi español.

Curso de español

Me apunto a una escuela de español y de baile. Ha quedado claro que mi español está lejos de ser suficiente para poder entablar un contacto agradable, y aquí se baila de forma diferente a lo que estoy acostumbrada, así que quiero aprender más sobre ello. La escuela

está a unos treinta minutos en bicicleta de Beckett, y de hecho tengo pensado ir en bicicleta. Soy y seguiré siendo una holandesa.

En los días previos al inicio de la escuela voy todos los días al cajero automático, porque aquí solo puedo sacar un importe máximo por día y eso siempre es solo una pequeña parte de la matrícula. Cuando por fin he sacado suficiente, reparto el dinero entre los bolsillos de mis pantalones cortos, llevo un papel con una copia de mi pasaporte y con la forma de contactar a mis padres, me llevo un mapa de la ciudad, cojo mi botella de agua y me subo a la bicicleta. De este modo no me puede pasar nada. He comprobado bien la ruta de antemano y salgo con mucho ánimo. El tráfico no es mucho y, de hecho, tardo aproximadamente media hora en llegar al colegio. Aliviada de haberlo conseguido y porque puedo entregar el dinero, charlo de forma agradable con la señora de la administración y luego vuelvo a montar en la bicicleta. La ruta a casa resulta algo más difícil, porque tengo que tomar otro camino debido a la gran cantidad de calles de sentido único. Me confunde un poco y me siento orgullosa y aliviada cuando llego a casa. Qué bien que ya lo he hecho una vez. Así puedo empezar mi etapa escolar bien preparada.

Como la vida nocturna comienza tan tarde y me siento vulnerable saliendo sola, busco una escuela de baile. Porque si aquí funciona algo parecido a como en los Países Bajos, las escuelas de baile suelen tener noches en las que se puede bailar libremente, para que los alumnos practiquen y se conozcan mejor. Encuentro una escuela de baile en línea y les escribo. Resulta que efectivamente tienen una noche de baile fija y decido ir. Sola, a un barrio desconocido para mí. Por suerte confío en los taxistas de aquí en cuanto a seguridad; más que en la policía, que me parece muy corrupta. Me dejan en un edificio oscuro en un barrio tranquilo. Dudo cuando el taxi se va: ¿no habría sido mejor pedirle que esperara un momento? Está oscuro (aquí lo está desde las seis) y me siento un poco perdida. Camino hacia el edificio y busco una puerta. No se ve luz por ninguna parte. ¿He llegado demasiado pronto? ¿Estoy en el lugar correcto? Ando de

un lado a otro, desconcertada, y entonces alguien entra por una puerta que no había visto. Lo sigo, entro en una sala acogedora, me reciben con calidez y me hacen un recorrido. Hay principalmente estudiantes, algunos de ellos extranjeros. Nos llevamos muy bien desde el principio. Charlamos, bebemos, bailamos y disfruto al máximo. Qué sorprendentemente distinta puede ser una noche a como te la imaginas. Hace unas horas, cuando andaba desconcertada frente al edificio, ni siquiera habría osado esperar esto. Me alegro de haberme obligado a ir, aunque me resultaba intimidante. Valió la pena con creces.

Cada vez que estoy en un taxi, hablo con el conductor para practicar mi español. A menudo veo una foto de su familia colgada del espejo retrovisor y cuando pregunto por ella, suelen darme una respuesta que puedo comprender bien. Casi siempre me preguntan si tengo novio y dónde está. Al principio respondía honestamente que no tenía novio, pero más tarde compré un anillo sencillo que me pongo en el dedo anular de la mano izquierda para dar la impresión de que estoy casada. Eso, sin embargo, hace poca diferencia, porque mientras el marido no esté presente, todo es posible, ¿no? Pensé que los cubanos eran directos, pero los dominicanos no son muy diferentes en ese aspecto. Parece que su lema es 'siempre se puede intentar'. A mí me resulta especialmente cansado. Además de ese tema, practico mi español negociando el precio del trayecto y la ruta que se toma. Me he vuelto bastante hábil en eso y a menudo incluso consigo dejar claro a los conductores una ruta más corta.

En noches fijas de la semana se baila en un local bonito y acogedor, Canario Patio Lounge, cerca del centro de la ciudad. Lo sé porque un contacto de Couchsurfing me lo señaló. También sé dónde está y por eso me atrevo a ir por mi cuenta; al menos el taxista no puede timarme. El baile empieza pronto y si no me gusta, simplemente tomo un taxi de vuelta a casa. En cuanto entro, escaneo rápidamente a las pocas personas presentes y me hago una idea de con quién sí y con quién no querría bailar. Recorro el local, disfruto de la música,

echo un vistazo al patio interior detrás del local y descubro un cartel de las fiestas Antillanas en Hoogstraten; el mayor festival caribeño del mundo, que se celebra anualmente en Bélgica. Se siente como algo de casa. Es un cartel viejo, pero no importa. Disfruto y me pierdo soñando en lo pequeño que es el mundo en realidad. Entonces un caballero mayor me pide bailar y salimos a la pista. Aunque se puede bailar en todos los idiomas, para conversar a veces es difícil porque aún no domino el español. Después de una hora y un par de bailes me voy a casa. Está bien así.

En cuanto Beckett se entera de mi plan de ir en bicicleta al colegio, me advierte y sale a dar una vuelta conmigo para explicarme cómo funciona el tráfico dominicano. Creo que es una tontería, estoy acostumbrada a Ámsterdam y La Haya y ya he ido una vez al colegio en bici, pero me parece un gesto cariñoso y quién sabe qué veré por el camino con mi guía turístico personal. La trepidante vuelta hace que, en mi primer día de colegio, prefiera tomar un carro público; el tráfico aquí no se parece en nada al de los Países Bajos. Me reprendo y aun así salgo en bicicleta. El primer tramo atraviesa un hermoso parque por el que no pueden circular coches, así que hasta ahora todo bien. Después llego a una carretera grande con un enorme cruce y me quedo pasmada por el caos. Antes no parecía tan concurrido... Es claramente la hora pico y tengo que tragar saliva antes de atreverme a continuar. Me abro paso entre los coches y me doy cuenta de lo bien (y seguro) que lo tenemos en los Países Bajos con todos esos carriles bici. Por aquí no se ve ni uno. Consigo llegar al otro lado con seguridad y prosigo mi camino, mirando de vez en cuando un mapa para comprobar si voy en la dirección correcta. Sorprendentemente llego a tiempo al colegio. Lo logré. Me siento orgullosa, aunque no tengo ganas de volver a sumergirme en ese caos esta tarde. "Todo es cuestión de acostumbrarse", me digo y entro.

La clase de español es interesante, se imparte de manera amena y tengo compañeros agradables, entre ellos incluso un hombre holandés, Wilbert. Es la primera vez desde que estoy aquí que hablo holandés, salvo por las conversaciones en línea con la gente de casa. Se siente extraño y al mismo tiempo muy familiar. Ese sentimiento despierta algo... Vine aquí sin fecha de fin, con la idea loca de que — si se me acaba el dinero o surge la oportunidad— podría ponerme a trabajar y quizá establecerme donde estuviera. De lo que he visto hasta ahora de este país, no me gustaría vivir aquí. Pero, ¿realmente quiero vivir fuera de los Países Bajos? La pregunta me ha surgido varias veces desde que estoy aquí, y la imagen romántica que tenía se va volviendo cada vez más difusa. Soy consciente de que apenas he comenzado mi viaje y que una decisión así puede llevar más tiempo. Aun así, el contacto con el hombre holandés me produce una sensación especial; noto que echo de menos mi país y eso no lo había esperado.

Por la tarde tengo mi primera clase de baile, que espero con muchas ganas. No tengo idea de qué esperar, pero aparentemente sí tenía alguna expectativa, porque siento una ligera decepción en cuanto un viejecito pequeño y encorvado se presenta como el profesor. En una pizarra blanca el buen hombre describe la teoría del baile, al menos eso supongo. Escribe en español. Apenas puedo seguirlo, pero hago mi mejor esfuerzo; al fin y al cabo quiero aprovechar todas las oportunidades y aprender lo máximo posible. Pero bueno, estoy aquí para bailar. De repente empieza a gritar y entra un chico, que al parecer es mi pareja de baile. Bailamos y de vez en cuando me da indicaciones en español de las que, otra vez, entiendo poco. Pero eso no importa: ¡por fin vuelvo a bailar!

Pedaleando, regreso a casa como si flotara. Bajo el cálido y delicioso sol y con los sonidos de la salsa, el merengue y la bachata aún en mis oídos y en el cuerpo. Del bullicio del tráfico casi no me doy cuenta. Qué bien se siente bailar. Y, por suerte, eso ahora ocurrirá al menos cada día lectivo.

Con unos compañeros de clase, Wilbert, Tania y Philippa, vamos a celebrar Nochevieja. Nos han dicho que habrá una gran fiesta en el Malecón, junto al agua. Solo no habría ido a una fiesta así, pero con mis nuevos amigos sí me apetece y noto que tengo mucha curiosidad. En lugar de quedar en el colegio, nos vamos recogiendo unos a otros. Así vemos un poco más de la ciudad, las condiciones de vida de la gente y las casas de mis compañeros, y es una forma entretenida de pasar el tiempo. Comemos en un local acogedor en el Malecón y paseamos por la orilla en dirección a la fiesta. Se está muy bien, tenemos conversaciones interesantes y la noche avanza rápido. Mi primera Nochevieja consciente en el extranjero (una vez me dormí durante una Nochevieja en Londres...) y, además, la primera vez en pantalones cortos y camiseta al aire libre con calor. Qué experiencia tan maravillosa.

Hay mucha gente y se está poniendo cada vez más concurrido donde está el escenario. Para mi sorpresa, Toño Rosario y Black Point actúan otra vez. Rara vez voy a un concierto en vivo y ahora, por segunda vez en pocas semanas, veo a las mismas personas sobre el escenario. ¿Casualidad? ¿O son simplemente los artistas más populares del país en este momento? Se acerca el momento de la cuenta atrás y siento la tensión subir. ¿Cómo es eso aquí, en realidad? Toño da la bienvenida al año nuevo, hace la cuenta atrás y la multitud cuenta con él. Cuando llega el momento, todos empiezan a vitorear y a abrazarse. Espero fuegos artificiales, pero no pasa nada. La multitud empieza a dirigirse hacia algún lugar y nosotros la seguimos. Oigo algo sobre fuegos artificiales. Donde hay visibilidad, la multitud se detiene y, expectantes, esperamos a ver qué va a pasar. Entonces de repente vemos un cohete subir al cielo, seguido por una detonación y una explosión de colores. Es precioso y todos vitorean. Luego la multitud se dispersa. Espera, ¿eso fue todo? ¿Un solo cohete? Nos reímos, asombrados, y nos damos cuenta de que este país pobre no puede gastarse millones en fuegos artificiales. Ni siquiera en la capital, para un público enorme. Una experiencia singular, pero hermosa. El año nuevo ha comenzado. Un año en el que aún no